

AQUELLOS JUEGOS INFANTILES

Ignacio García García

Realmente en Lorquí, nuestro pequeño pueblo de Murcia, los niños hacíamos la vida en la calle. Después del colegio –o mejor después de la escuela, porque colegios no había–, casi todos nos reuníamos en la plaza de la iglesia, que era como el foro de los antiguos romanos, donde todo sucedía y en el que uno se enteraba de los chismes y de los rumores, de lo blanco y de lo negro, de lo divino y de lo humano. Por la tarde, a las cinco en punto, igual que el torero de Federico García Lorca –por supuesto, este detalle culto lo he descubierto más tarde, ya de mayor– salíamos de la escuela gritando en desbandada como los gorriones, después de una tórrida sesión de aprendizaje forzoso que duraba desde las tres y que en verano era prácticamente insostenible, debido al calor y al “aroma” a sudor que empapaba el aire de las aulas. Pero, bien mirado, ¿quién sabía entonces lo que era una ducha? Sólo existían los baños en el río, en la acequia o en el barreño los sábados por la tarde y todos teníamos claro que hasta el Día de la Cruz¹¹, a primeros de mayo, no comenzaba la temporada veraniega y estaba prohibido meterse en el agua.

En la plaza pasábamos las horas muertas sobre un suelo de empedrado irregular, cuatro farolas viejas y despintadas y unas palmeras de las que el palmero y el Ayuntamiento hacía tiempo se habían olvidado. De césped ni hablar, claro, pues sólo lo conocíamos por las películas de los domingos en el cine de sesión doble, con una de vaqueros casi siempre. A pesar de todo, para los niños de un pueblo pequeño, la plaza era el centro neurálgico –aunque entonces aún no intuíamos el *quid* de la palabreja– y el lugar donde las horas se nos pasaban más deprisa, sobre todo porque cerca de ella estaba el quiosco en el que podíamos comprar, algunas veces y cuando había posibles, todo lo necesario para jugar. Por

supuesto, ni hablar de euros; incluso, para nosotros entonces, las pesetas eran algo lejano y nuestros negocios se cerraban con tristes monedas de 5 ó 10 céntimos a las que llamábamos con los sonoros nombres de *perras chicas* las menos valiosas y *perrogordos*²¹ las de mayor poder adquisitivo. Algún afortunado pillaba a veces dos reales *de agujero*, más raramente una *rubia* y con mayor dificultad aún alguna de las monedas de *diez reales*, grandes, doradas, hermosas e inalcanzables, con una gran cabeza por delante y un águila por detrás.



La plaza del pueblo, junto a la iglesia, era, además de centro de juegos, el marco ideal para retratarse.

Los juegos se organizaban al ritmo de las estaciones. Nadie sabe bien por qué, una mañana algún muchacho aparecía con un puñado de bolas de barro cocido pintadas de colores que había comprado en el quiosco y, como por arte de magia, quedaba inaugurada la temporada de las **bolas**, que los “niños bien” llamaban *canicas* y otros aún más finos *petos*. Para nosotros sólo eran bolas, las de barro a 5 céntimos y las de cristal con dibujos de colores –los *bolines de aguas marinas*, especie muy codiciada– a veinticinco céntimos o a dos reales, según el tamaño. Con ellas podíamos jugar a mil variantes: al cuadro, al *guá*, al triángulo y, de forma especial, *al ojo*. Retabas a un contrincante al ojo y uno colocaba una bola en el suelo, teniendo el otro que intentar acertar a

darle dejando caer la suya desde su párpado, después de haberse subido a unos escalones, a una ventana y, a veces, hasta a la terraza de alguna casa, pues hasta ahí llegaba nuestro dominio de la puntería y nuestra autoestima. Luego podían ir apareciendo infinitas combinaciones: te la echo al ojo desde la nariz, desde la boca, desde la frente e incluso desde la cabeza o la oreja. Si fallabas, perdías tu bola y, si acertabas, ganabas la contraria. Cuando había suerte y buen ojo, los bolsillos reventaban de bolas de todos los colores, de barro, de cristal o de hierro; estas últimas las conseguíamos normalmente de los cojinetes de los camiones en algún taller de reparación. Los fondos de los bolsillos de los sufridos pantalones –jamás de marca, claro– estaban permanentemente rotos durante la época de las canicas.

Cuando ya teníamos –los más hábiles, como siempre– cientos y cientos de bolas de todas clases y colores, debidamente almacenadas y clasificadas y, sobre todo, sin habernos gastado ni un duro en ellas, de repente una mañana desaparecían del panorama y la dueña del quiosco –a la que llamábamos la tía *Pocapena*, aunque luego fue sustituida por la Lola del *Rapao*– traía de la capital **peonzas de madera**, que, para nosotros, eran sólo *trompas* las medianas, *lince* los pequeños y *zompos* los más grandes de tamaño; para poder bailar estos últimos se necesitaban dos cuerdas enlazadas. Podíamos lanzarlas a rodeo, echando el brazo por arriba o tirarlas por debajo, *a estilo mariquita*, modalidad esta reservada a las niñas. El juego más común consistía en lanzar dos trompas simultáneamente, ganando la que se mantenía más tiempo girando; ello nos obligaba a echarnos al suelo a limpiar, soplando a pleno pulmón, para despejar el camino por el que se desplazaba el artillugio, evitando así obstáculos. Casi todas las trompas recién compradas daban saltos al girar –para nosotros *escarabajaban*–, por lo que era necesario quitarles la

punta metálica con ayuda del freno de algún carro, rellenando el hueco con excremento de mula o con corteza de naranja; lo asombroso es que algunas veces conseguíamos equilibrarlas, aún no sé bien por qué raro sortilegio. Luego estaban las numerosas variaciones que nuestra imaginación iba aportando, por ejemplo, la *camuesería* –o juego de los *camuesos*⁽³⁾–, curioso entretenimiento que consistía en llevar una peonza desde un sitio a otro predeterminado a base de golpes dados con las otras peonzas, cuyas púas metálicas podían estar perfectamente afiladas con lima o machacadas al fuego hasta conseguir un filo de hacha con que destrozaban las trompas de los contrarios, clavándolas en la madera y haciendo cuña. Se podía jugar en individual o por equipos. Ésta última modalidad solía ser la más salvaje.

A principios de curso, por el mes de septiembre, por arte de magia aparecía un grupo de niños en la plaza lanzando al aire **aviones de papel**. Ya estaba aquí la época de los aviones y en las papelerías –mejor debemos decir papelería, porque sólo había una– se agotaban las libretas de dos rayas que normalmente empleábamos para escribir las muestras y los copiados. Ahora se usaban, escritas o en blanco, para hacer aviones con los picos doblados con una maestría propia del mejor experto en papiroflexia, pues de ello dependía el que el avión durase más o menos tiempo volando y, por tanto, el ganar o perder. Luego venían las infinitas variantes de la forma de la cola, los adornos con círculos de colores, al estilo de los aviones de batalla de las películas, los nombres sonoros –*Campeón, Capitán, Caporal, Rey del aire*– y la clasificación en el *ranking* de eficacia en el vuelo. Con nuestro propio aliento equilibrábamos ambos extremos humedeciendo el papel, lo que no impedía que muchos terminasen su andadura colgados de los cables de la luz o sobre los tejados de las casas de alrededor. Durante



El autor, con pocos años y un pantalón de tirantes, con su madre –de negro- y hermanos, agarrado a una vecina soltera que casi siempre estaba en nuestra casa.

un par de semanas, los aviones conquistados se iban acumulando en nuestras bolsas de la escuela como vistosos trofeos ganados por nuestra pericia o por la suerte, quién sabe.

Alrededor de la Semana Santa comenzaba la temporada de las **caras**. Una gran variedad de juegos se estructuraban en torno a un par de monedas de cobre, casi siempre desechadas ya y fuera de curso legal, con las que los mayores, los domingos después de misa –y siempre vigilantes a la llegada de la guardia civil para salir corriendo– se montaban unas *timbás* en las que, a veces, llegaba a haber mucho dinero en el corro, incluso billetes de veinte duros, algo alucinante para nosotros. No hay que olvidar que entonces los juegos de azar con dinero estaban totalmen-

te prohibidos. Sólo se permitía jugar con garbanzos, con alubias o con granos de maíz. Los pequeños nos teníamos que contentar con unos pocos céntimos para nuestras partidas. Esto se llamaba el juego de *cara y cruz*, también denominado de *caras y lises*. Para poder jugar al *cuadro* –en el que, tras haber depositado ambos contrincantes algunas monedas en una losa del suelo de la plaza, se trataba de sacarlas de ella a golpes– habíamos machacado el borde de una moneda antigua de cobre de diez céntimos –una *care-ra*– con un martillo y le dábamos curvatura en el hueco de una piedra para que hiciese vacío al rebotar y así extrajese del cuadro las piezas del contrincante con mayor facilidad. Incluso le hacíamos en el centro con una púa un agujero que nos servía como *mira* para afinar la puntería. Porque de eso se trataba normalmente, de puntería y más puntería y, algunas veces, también de pillería. Por otra parte, era un sonido muy agradable el de las dos monedas que botaban y rebotaban sobre las piedras de la plaza; también se daba el caso de que, a veces, no tintineaban por estar agrietadas y entonces se llamaban *parpallotas*.

Aunque hay que reconocer que el juego típico de Semana Santa era el de las **porras**, una especie de lotería con cartas de baraja cosidas a cartones que se repartían entre niños y mayores a cambio de un pequeño estipendio. Una vez alquilados todos los cartones –o al menos la mayoría de ellos– se iban sacando cartas en varias tiradas –la primera, la segunda, la tercera y la porra, que tenía una recompensa mayor. Pero, eso sí, el único premio en este caso eran caramelos en mayor o menor cantidad. Se trataba, sin duda, de una especie de bingo para futuros diabéticos.

Al cabo de veinte o veinticinco días nadie jugaba ya a las caras y se arrinconaban los careros porque, repentina y misteriosamente, había comenzado para

todos la temporada de los **huesos**. A partir de entonces, nuestra moneda de cambio eran los huesos de fruta que desechaban las fábricas de conservas vegetales, de las que en nuestro pequeño pueblo de cuatro mil habitantes llegó a haber doce o más. Esta temporada, cosa obvia, coincidía cada año con la época de la recogida de la fruta, a últimos de mayo y primeros de junio, poco antes de acabar el curso escolar. Los huesos de albaricoque –el fruto más abundante en nuestra zona– valían menos, aunque también estaban los de los *perlas*, más pequeños y con pepita dulce, que se valoraban hasta por cinco de los corrientes. Igualmente se juntaban los huesos de ciruela, de valor fluctuante según la clase y los de melocotón, más gruesos y con la corteza arrugada. Los limpiábamos, a veces los coloreábamos con anilinas –*fuchinas*⁽⁴⁾ las llamábamos nosotros– y con ellos, a base de frotar y frotar contra el suelo de cemento, llegábamos a hacer pitos de silbido insoportable por chillón, que volvía locos a los mayores. Por supuesto que, de haber existido entonces los chirimoyos, los aguacates, las guayabas y otras frutas de tipo tropical, sus huesos hubiesen sido auténticos tesoros dignos de ser protegidos incluso con la vida.

La mayor parte de nuestros juegos tenían el denominador común de que no costaban ni una peseta. Por ejemplo, en determinada época del año, cuando **los juncos** del río ya estaban crecidos, bajábamos a las orillas con navajas y los cortábamos con esmero para jugar con ellos; la mecánica consistía en dejarlos caer en paquete desde una altura determinada y luego ir sacándolos del montón con ayuda de uno de ellos con la punta masticada, a modo de paleta, sin mover ninguno de los demás. Una auténtica competición de paciencia y de habilidad. Ahora resulta que se trata de un juego de origen japonés y que lo venden en las jugueterías con el nombre de *mikado*, utilizando palillos de colores; además, para los nipones, cada



Jugando a la cucaña.

palillo conseguido tiene un valor distinto según su decoración. Para nosotros, poco cosmopolitas entonces, sólo había un *junco-rey*, que era el que había sido arrancado con un buen trozo de raíz blanca –la parte comestible–, que lo hacía merecedor de este monárquico nombre y un *junco-reina*, con menos blanco. Todos los demás, de tallo verde en su totalidad, eran como simples peones o jornaleros y sólo valían por uno. Además, a fin de cuentas, ¿quién sabía por aquel entonces dónde estaba el Japón, ni siquiera en el mapa? En las películas de guerra sólo habíamos aprendido que estaba muy lejos.

En torno al río teníamos montada toda una cultura. Los tarayes de sus orillas nos suministraban unas ramas excelentes, dada su gran flexibilidad, para hacernos unos **arcos** decorados con dibujos a cor-

tes de navaja, a ejemplo de las tribus de las pieles rojas del cine. Los “jopos” –ahora se llaman *gimnerios* y crecen en los jardines municipales–, que también nacían junto al agua, nos proporcionaban unas cañas macizas, finas y de poco peso, que eran ideales para hacer flechas que guardábamos en nuestro carcaj de cartón cosido. Las cañas del maíz – para nosotros “*alcanzabas*”– nos permitían, una vez secas, construirnos unos maravillosos *tipis* al estilo indio en las orillas del río o en la huerta de algún amigo. En ellos nos juntábamos bajo la luna llena y guardábamos nuestros tesoros, trompas, aviones, bolas y otros artilugios caídos ya en desuso. Hacíamos nuestros juramentos y nos imponíamos unas rígidas normas de funcionamiento que, naturalmente, duraban poco. Pero al menos soñábamos con ser indios como los de las películas del lejano oeste y cabalgar por las praderas del cielo sobre un caballo blanco en busca de Manitú.

Con el otoño y la llegada del aire, el cielo se llenaba de **cometas** de colores, hechas con tres tiras de caña cruzadas, atadas con hilo de “palomar” y cubiertas de papel de seda. Los llamábamos *barriles*^[5] por su forma de hexágono achatado. Cuando la estructura estaba bien hecha y la cola de trapos anudados bien calculada para darle estabilidad, podían pasarse tardes enteras oponiéndose al viento sobre las zonas altas del pueblo, los cabe-



Niños jugando al teje.

zos de las cuevas. Era un encanto verlas moviéndose al extremo de un montón de metros de hilo que se iban soltando o recogiendo alternativamente de una rueda o *garrucha* de madera, por supuesto de fabricación casera. Su variante más pobre, la *bilocha* o *biloch*, se hacía con una simple hoja doble de periódico plegada y se ataba a un hilo no muy largo. Pero para que volase tenías que ir corriendo delante contra el viento y eso resultaba agotador hasta para nosotros.

Más tarde empezaba el tiempo de **las chapas**, que eran los tapones de bordes estriados de las botellas de gaseosa o de cerveza y los chiquillos asaltábamos los bares buscándolas por el suelo, por entre las piernas de los clientes o bajo las mesas. Después, pasada ya la temporada, las chapas de gaseosa o de cerveza de todos los colores las utilizaban los mayores para hacer cortinas, apretándolas sobre un hilo de pita y colgándolas delante de la puerta que daba al patio. Tras ellas podía venir la época de **los rompes**, los cartones de las cajas de cerillas, todos con un valor asignado y que, durante unas semanas, eran para nosotros signo de riqueza y de prosperidad. Y así se sucedían las temporadas, de forma pausada, cada una con su punto de diversión y de competición. Competición ante todo, quede claro; los juegos filantrópicos en los que uno no se jugaba nada o donde no había posibilidad alguna de ganar o de perder algo eran, según nuestra manera de pensar de entonces, *cosas de niñas*. Y, ante eso, ¡*vade retro!* Ese mismo sentimiento tan arraigado de misoginia infantil hacía correr entre la población masculina canciones como la que sigue, por la que hoy día –dada la mentalidad afortunadamente más evolucionada e igualitaria–, más de uno habría dado sin duda con sus huesos en la cárcel, o al menos habría tenido que rascarse el bolsillo para pagar la multa, por incitación a lo que hoy se ha venido en llamar *violencia de género*. Véanse las rimas:



El autor de nuevo, a la izquierda, con unos amigos, vencedores todos en una carrera de cintas en la que competían corriendo por no tener bicicleta.

*La mujer que es chata, barata,
tiene mala pata,
tiene mal andar,
se merece un palo en la cabeza,
tirarla a la "cequeta"⁽⁶⁾
y que ya no salga más...*

A pesar de esto, nuestros primeros escaresos con las chicas podían empezar en las **carreras de cintas** que, imitando a los mayores, organizábamos los "zagales" en una calle de poca circulación durante las fiestas del pueblo. Los mozos competían sobre una bicicleta, con un palillo afilado en la mano derecha y haciendo auténticos malabarismos circenses para detener el ritmo del vehículo al máximo para lograr hacer puntería y ensartar el palillo por la anilla de las cintas que, enrolladas, colgaban de un alambre. Por supuesto, las cintas estaban primorosamente bordadas por las muchachas casaderas de la localidad entre las que siempre se contaban la reina y las damas de las fiestas. Las chiquillas de nuestra edad también bordaban sus cintas, más pequeñas, y las ensartábamos con



Ante la admiración general, el que esto escribe consiguió, por puro azar, llevarse la cinta de la reina infantil, que lucía sus mejores galas.

palillos afilados por nosotros a base de cuchillo, cristal y lija, por este orden; sólo que, como no teníamos bicicletas ni sabíamos montar en ellas –lo uno lleva a lo otro– hacíamos nuestras carreras de cintas corriendo y saltando al llegar al alambre. Una cinta cruzada en nuestro pecho, sujeta por un par de alfileres, podía llegar a ser un trofeo maravilloso y un motivo de envidia para todos los demás.

Hoy día, desde mi ventajosa posición aupada en la memoria y en la nostalgia, tengo que reconocer que los juegos de las niñas eran otra cosa muy distinta a los nuestros. Eran más suaves, menos competitivos y, sobre todo, más poéticos y musicales; con menos fuerza pero con más arte. Nosotros jugábamos al **burro**⁽⁷⁾, a **A la una la mula**⁽⁸⁾, saltando unos por encima de otros, al **soldadito Pepe**⁽⁹⁾– juego que nos permitía pegarnos unos

manotazos de espanto-, y otras cosas por el estilo, pero los juegos femeninos me sorprendían y me intrigaban al mismo tiempo. Nunca entendí, por ejemplo, en qué consistía el juego de la **mariola**, sobre la que las niñas saltaban a la pata coja o abriendo las piernas, después de haberla dibujado con un trozo de yeso en el suelo de la plaza. No tenía ni la más remota idea de dónde estaba allí la diversión, pero sin duda era divertido, pues se pasaban horas y horas moviéndose alternativamente para allá y para acá. Pero aún había más entretenimientos. Cuando en casa –pocas veces, por supuesto– se comía un guiso con pata de cordero o de cabrito, se guardaban los huesos de los dedos, se limpiaban bien y eso eran las **tabas**, que las chicas lanzaban al aire y recogían al caer con el dorso de la mano, dando pruebas de una habilidad verdaderamente encomiable y, por descontado, inalcanzable para nosotros los niños que éramos infinitamente más torpes y brutos. Las partidas de ellas eran repetitivas, tranquilas, organizadas y podían durar una tarde entera. Nuestros juegos eran mucho más inquietos y violentos, acababan antes y, casi siempre, a golpes y en peleas.

Creo que nunca participé en juegos de chicas –por supuesto por miedo a ser catalogado como *sarasón*, *monflorito* o similar–, pero me llamaba mucho la atención el verlas **saltar a la comba**, con sus incontables variaciones y niveles de dificultad –individual, por parejas o en grupos a veces numerosos–, mientras las dos niñas que giraban la cuerda tarareaban aquello de

*¡Pavito reaal,
dime de cuántos años me voy a
casaaar...!*

Acto seguido comenzaba una serie interminable de saltos –*de uno, de dos, de tres, de cuatro, etc.*–, hasta que la saltadora fallaba, con lo que quedaba determi-



El caballo de cartón y el coche de chapa eran dos juguetes soñados por todos, aunque inalcanzables para la inmensa mayoría.

nado de manera insoslayable a qué edad iba a contraer matrimonio. Otras veces sondeaban su futuro con otro sonsonete parecido que decía:

*Pavito cortées,
dime, de grande, qué voy a seer:
¿soltera, casada,
viuda o monjaaa?*

Con ello se abría ante la niña, en forma de saltos sucesivos que se repetían infinidad de veces, un abanico de cuatro posibilidades, irreconciliables entre sí, hacia las que dirigir su vida; aunque, bien pensado, la de casada y la de viuda eran opciones compatibles, así como las de soltera y monja. Por supuesto que estas reflexiones me las hago ahora que soy mayor y recuerdo con un agridulce toque de nostalgia aquellos tiempos. Entonces sólo miraba con curiosidad y disfrutaba de la sencilla poesía de las canciones infantiles. Me quedaba boquiabierto, por ejemplo, viendo a un grupo de niñas de todas las eda-

des, en un rincón de la plaza, cogidas de la mano y girando pausadamente en corro, mientras coreaban:

*Al pasar la barca
me dijo el barquero:
las niñas bonitas
no pagan dinero...*

O aquella otra, triste y melancólica por demás, que cantaban con tono casi luctuoso:

*Yo soy la viudita
del conde Laurel,
que quiero casarme
y no tengo con quién...*

Estas canciones las conocían todas las niñas y todas las entonaban sin dificultad y con la mayor naturalidad, mientras desplegaban entre ellas sus códigos gestuales, de los que los chiquillos ni nos enterábamos. Otras veces se trataba de canciones más movidas y de tono mucho más alegre, que admitían grupos muy numerosos de participantes:

*¡A la flor de romero,
romero verde!
Si el romero se seca,
ya no florece.*

Este último era un juego curioso, porque nos permitía jugar niños y niñas juntos, sin ser por ello nosotros tildados de *distintos*. Nos cogíamos de las manos formando un cordón, y había que ir agachándose para pasar por debajo de los brazos de los demás al son de la canción. Otros juegos colectivos similares, aunque sin canción, eran los del **pillao**, el **cortahilos**, el **ratón y el gato** o las numerosas variaciones de **policías y ladrones**, todos ellos de larga duración y especialmente aptos para las noches de verano. O aquel otro llamado de las **prendas**, en el que dábamos vueltas alrededor de algo o de alguien, con las manos atrás, cantando a coro:

*¡Antón, Antón,
Antón pirulero,*

*cada cual, cada cual
que atienda su juego,
y el que no lo atienda
pagará una prenda...!*

Otra modalidad consistía en girar en corro, cogidos de la mano y en ocasiones a la pata coja, mientras cantábamos a voz en cuello y de forma alternativa, una retahíla de preguntas y respuestas:

*-Don Juan de la pipa rota.
-¿Con qué se la apañaremos?
-¡Con un palo que le demos!
-¿Dónde está ese palo?
-¡El agua se lo ha llevado!
-¿Dónde está ese agua?
-El pollo se la ha bebido!
-¿Dónde está ese pollo?
-¡El cura se lo ha comido!
-¿Dónde está ese cura?
-¡Haciendo misa
con la camisa
y el camisón,
porrón pompón!*

Sin contar con las posibilidades casi infinitas que ofrecía aquella divertida competición que sonaba:

*-¿Dónde están las llaves? Matarile,
rile, rile,
¿dónde están las llaves? Matarile,
rilerón, chimpón....
-¿En el fondo del mar!
-¿Quién se va a tirar por ellas?
-¡Que se tire X.....!
-¿Qué le vais a regalar?....*

Se iba repitiendo el estribillo tras cada uno de los versos, jugando chicos contra chicas o revueltos, organizados todos en dos hileras enfrentadas⁽¹⁰⁾, con los brazos en jarras y desafiándonos mutuamente a base de ingenio y de ironía, para ver quiénes inventaban los versos más divertidos o, en su caso, los más hirientes hacia el bando contrario.

Mis hermanas, sin duda, tenían también como niñas sus juegos de ganancia, con algunos objetos que eran para ellas el



Las hermanas del autor, en la típica foto escolar, con teléfono y cuadro al fondo.

equivalente al dinero: estaban los **chromos**, a los que se jugaba dando con la palma hueca de la mano sobre las losas de la acera hasta conseguir, para ganar, que los recortes saltasen y se diesen la vuelta. También se coleccionaban los **trajes para muñecas**, hechos de papel con pequeñas solapas para su sujeción y, por supuesto, intercambiables. Pero tanto unos como otros había que comprarlos en el quiosco y todos sabíamos que el dinero, en aquel tiempo, era algo muy difícil de conseguir para nuestros padres, y no digo ya para nosotros. A menos que fueses monaguillo y consigueses buenas propinas en las bodas, en los bautizos y en los entierros. Pero ésa es otra historia...

La plaza del pueblo, ahora con demasiada frecuencia sólo un lugar de paso y, en ocasiones, de mercado semanal, fue para nuestra infancia el sitio clave que nos vio crecer día a día, que presenció desde sus losas de piedra y sus palmeras reseca rodeadas de emperadores nuestras ilusiones y nuestras inmensas ganas de hacernos mayores para trabajar, ganar nuestro propio dinero y montar una familia. Entonces, sin duda, la plaza carecía de jardines con tandas variadas de flores temporeras, no tenía apenas iluminación, ni suelo de granito, pero tenía **vida**, la que nosotros le infundíamos y la que recibíamos de los demás. Y esa vida palpitaba en cada una de sus cuatro esquinas, al ritmo

incansable de las cuatro estaciones del año...

NOTAS

1. Por entonces, el calendario situaba esta festividad en el 3 de mayo y era un día muy esperado por todos por el motivo indicado.
2. Su auténtico nombre era **perros gordos**, en contraposición a las perras chicas, que valían sólo cinco céntimos, pero nuestra pronunciación iba a lo rápido y a lo práctico. Deduzco que su curioso nombre venía de que en el haz de la moneda aparecía un león que sujetaba una bola con la zarpa derecha, figura que nosotros interpretábamos como un simple perro. En algunas de otras épocas aparecía un rostro de perfil con perilla y los llamábamos "careros del tío barbudo".
3. Ignoro por qué extraño motivo nosotros aplicábamos a la palabra **camueso** el significado de golpe, pues jugábamos a dar diez, quince o veinte camuesos, cuando el diccionario dice es un apelativo que indica necio o ignorante.
4. Las **anilinas** –también llamadas **fucsinas**– son colorantes muy potentes que se disuelven en agua. Aparte de otros usos, por entonces eran muy utilizadas para colorear las plumas de las palomas de competición. Independientemente del concurso en sí, el sólo hecho de ver a los palomeros en sus desplazamientos, siguiendo a los machos que luchaban por llevarse a la hembra, era todo un espectáculo en sí mismo. Este curioso deporte, aún en boga hoy día, podría ser objeto de un estudio específico.
5. La forma de hexágono aplastado lateralmente semejaba a la de los toneles, para nosotros **barriles**. De ahí el nombre de las cometas hexagonales, las más corrientes, aunque también las había de muchas otras formas, cuadradas o romboidales.
6. La **acequia** era y sigue siendo una acequia pequeña que nace de la gran acequia en el mismo pueblo, en un sitio llamado "la partición". Ambas sirven para el regadío.
7. Las reglas de este juego van implícitas en su nombre, como el lector puede suponer.
8. Los mismos versos en pareados populares que se iban cantando expresan el cariz de este juego: "A la una la mula, / a las dos la coz, / a las tres con la mano y con el pie, / a las cuatro te mato, / a las cinco te la hincó, / a las seis mano al revés, / etc..."
9. Pienso que este nombre viene de la misma postura del sujeto apaleado en el juego, que se ponía con la mano derecha tapándose la cara mientras en la otra recibía por detrás los golpes de los demás. Esa postura semeja a la de un soldado en actitud de saludar.
10. Mientras una hilera permanecía quieta, la otra avanzaba hacia ella al son de la canción, para volver después a su puesto, andando hacia atrás. Y así alternativamente hasta acabar el sonsonete. Un auténtico torneo de ingenio puesto en versos sencillos, muchas veces improvisados...